



Paisage de la Crimea.

SEGUNDA SERIE.—1856.

AÑO XIV. 35.

El *calcáreo jurásico* es la piedra dominante de la cadena central, cuyo punto culminante es el Tchatir (mil quinientos setenta metros). Esta cordillera presenta muchas cortaduras: la de Balaklaba, por donde se puede comunicar con Sebastopol: la de Aloucha, que separa el macizo de Yaila del de Tchatir.

Desde las inmediaciones de Arabat se va rebajando hasta el punto de no ser mas que una colina casi llana en Kertch, donde el Bósforo Cinmeriano, profundo apenas de cuarenta pies, la separa de las primeras bases del Cáucaso.

Los contrastes mas arrebatadores se amontonan y tropiezan sobre las dos vertientes de la cordillera Táurica, pero sobre todo al Mediodía donde se pasa sin transición desde un monton de peladas y áridas rocas á espacios donde despliega la vegetación un gran lujo de vitalidad. Allí se goza del clima del Asia Menor: allí el invierno se deja sentir apenas, y los azafraños de la primavera crecen en febrero, y algunas veces en enero; allí la encina conserva algunas veces durante el invierno sus verdes hojas.... allí el laurel, siempre verde, se asocia al olivo, á la higuera, al naranjo, al granado, al fresno, al terebinto; allí las fresas crecen por todas partes al aire libre. Aquello es un paraíso, es un jardín, encontrándose que la naturaleza produce espontáneamente y sin trabajo cual en un bosque los mas bellos árboles frutales. Las parras se enlazan á perfía en derredor de los gruesos troncos de los árboles, y forman una florida guirnalda de graciosos festones sin socorro alguno del arte.

Presentamos á nuestros lectores la vista de uno de estos preciosos bosques, donde una familia de tártaros está descansando con su ganado.

Estas son las dulces bellezas de esta Italia escítica; empero tambien tiene sus Alpes, deberíamos decir, sus Andes, porque la cordillera de Tchatir-Dagh, se halla cubierta de grandes cráteres apagados. En uno de estos cráteres, en Ofitona, el conde Woronzoff, ha tenido la original idea de formar un jardín de recreo, hoy de productos. Hemos citado mas arriba los volcanes de lodo de Tausan: la Crimea tiene tambien los suyos en frente de los primeros, cerca de Kertcho. Estos son tambien agujeros negros, verdaderos respiraderos del infierno, cubiertos de pequeños cráteres cónicos de donde sale un fango espeso muy bituminoso. El mas importante de estos cráteres, el patriarca del grupo, como lo llama Dubois de Montpereux en su viage del Cáucaso, no tiene menos de quinientos pies en redondo, y treinta y cinco de alto.

Volviendo á las montañas táuricas, no les falta ninguna de las rústicas bellezas de la naturaleza. Aquí en el cabo Parthenique, fuentes naturales sobre el mar, como la del cabo de Camaret, en Bretaña: allí en el nacimiento del Salghir, cataratas menos imponentes por el volumen de sus aguas que por el formidable carácter de los barrancos y montes donde brama.

La topografía del país marca sus divisiones agrícolas; la estepa, propia para la cria de los ganados, en el llano; el bosque, á lo largo de la montaña. Sobre la pendiente suave del Norte, regada por numerosas corrientes de agua el cultivo de los cereales; por último, los viñedos á lo largo de los costados del Sur.

Merece hablarse de estos viñedos. Son de muy anti-

gua fecha: testigo la inscripción de Kerson, conservada en el museo de Nicolayef, y relativa al voto de una corona de encina á una propagadora del cultivo de la viña en el Kersoneso. Los genoveses encontraron este cultivo en actividad, y todavía le dieron desarrollo. Bajo los tártaros, los vinos de Sondagh conservaron una reputación, que tal vez ha sido exagerada. Los zaporogas hacían todos los años enormes compras de estos vinos: les costaban en aquel punto muy baratos. Algunos de los grandes señores que van á pasar temporadas en el campo de la Crimea, han aclimatado á grandes gastos cepas francesas, españolas, alemanas; y se evalúa en mas de siete millones de cepas las que existen actualmente en aquel país. En un solo año se han plantado hasta quinientas mil nuevas.

La población dominante, es la tártara, palabra impropia, aunque usual, porque los pretendidos tártaros de la Rusia son generalmente turcos, y su lenguaje es el mismo que el de los osmanlis. Es una raza que ha sido desconocida, probablemente á causa del nombre arbitrario que le ha consagrado el uso. No tiene nada de los rasgos tradicionales de las bandas de Gengiskan y de Timour, y es bajo todos aspectos tan hermosa y mas civilizada que sus hermanos del Asia Menor. Conquistado por Catalina la Grande, después de una sangrienta guerra, fué tratado este pueblo con una ferocidad que no justificaban ni sus antecedentes, ni los pretendidos peligros que podía hacer correr á sus vecinos rusos en caso de sublevación. Aldeas enteras fueron destruidas, exterminadas sus poblaciones; y para repoblar aquel desierto creado por la barbarie moscovita fué preciso llamar colonos de todas las naciones. Así es como se establecieron alemanes en cuatro puntos al pie de la montaña y cerca de Sinferopol: heleenos, emigrados de Turquía poblaron á Balaklava: rusos, estos son los que menos han prosperado, se establecieron alrededor de Sebastopol y Sinferopol: por último, armenios fundaron las pequeñas ciudades de Armianski, la una cerca de Eski-Krium, la otra en el istmo. Todo esto forma un conjunto de cerca de trescientas veinte mil almas. Los griegos no pasan de dos mil. Los rusos, casi todos encerrados en las ciudades, son unos catorce mil. Los armenios son poco numerosos. Datán los alemanes del reinado de Alejandro: ocupan dos hermosas poblaciones cuyos nombres recuerdan la misma patria. Su número era hace veinte años de diez y ocho mil ochocientos ochenta y cuatro, cuya mitad casi provenía de la Prusia propiamente dicha. Todo lo demas es tártaro.

El estado social de este último pueblo, es sin exageración tan adelantado como el de una gran parte de la Europa, mas que la Rusia seguramente, porque si tiene feudalismo, no tienen servidumbre. La nobleza posee las tierras, y paga los brazos que emplea en su cultivo. Huye generalmente de las ciudades, que están pobladas de mercaderes y fabricantes. Los aldeanos se agrupan en las poblaciones bajo la dirección de un *mursah*, especie de *staroste*, como dicen los rusos, ó *alcalde* como diríamos nosotros. Es nombrado por ellos. Pertenecen al islamismo, y este culto tiene un seminario en Sinferopol.

Con respecto al punto de vista administrativo, la Crimea forma parte del vasto gobierno de la Tauride, que comprende mas allá del istmo el país de Nogais. Este nombre de Tauride es un capricho erudito de Catalina II, que quie-

ria recordar por nombres antiguos la época del esplendor de la pequeña Escitia en los tiempos de las colonias griegas de los reyes del Bósforo y del imperio de Oriente. Allí encontraba además la ventaja de batir en brecha, al menos sobre los mapas, los recuerdos de la nacionalidad tártara. Así el nombre de Crimea cedió su puesto al de Tauride; Alc-Tiar (ciudad blanca) á Sebastopol; Alc-Mes Med (Mosquea blanca) á Sinferopol; Kaffa á Teodosia; Koslevelv á Eupatoria, y así podríamos ir multiplicando ejemplos.

Las vías de comunicacion son numerosas en Crimea; pero la mayor parte de ellas están mal cuidadas. La primera en importancia es el camino de Kersa á Sebastopol, por Perekop, Sinferopol y Batchi-Serai; no llega á Sebastopol mismo, sino al pie de la fortaleza del Norte, que dá frente á la ciudad. Esta es la vía estratégica de la península. De Sinferopol, algunos otros caminos parten en todos sentidos: el de Aloucha, por las montañas; el de Eupatoria, al Nordeste; el de Kerth á Levante.

No hablamos de algunos otros caminos secundarios que solo existen de nombre, como el camino de Perekop á Eupatoria; el de Perekop, á Caffa; el de Eupatoria á Sebastopol, por Tournal y Alma, hecho célebre é histórico por la famosa marcha de los ejércitos aliados en setiembre del año de 1854.

Con la batalla de Alma comenzó el célebre sitio de Sebastopol y la expedición del Occidente contra los rusos en Crimea. Nuestros lectores han visto las diferentes peripecias de este sangriento y gigantesco drama. Han visto en la célebre batalla de Alma al mariscal Saint-Armand, que muere á los dos días de su victoria. Han visto después los grandes esfuerzos, la constancia y la abnegación del ejército francés por muchos meses en el sitio de Sebastopol, bajo la dirección del general Canrobert. Y últimamente,

han visto bajo el ímpetu guerrero del general Pellissier caer en poder de los aliados la terrible fortaleza de Malakoff y arder á Sebastopol, encontrando entre las humeantes cenizas de esta ciudad, que ha asombrado á la segunda mitad del siglo XIX, el general Pellissier el bastón de mariscal y el título de duque de Sebastopol, que recuerda á la posteridad la toma de esta ciudad.

La caída de Sebastopol produjo la reunión del congreso de los plenipotenciarios de las naciones en París y el restablecimiento de la paz de Europa; restablecimiento que vino á coincidir con el nacimiento de un príncipe imperial, que consolidando la dinastía napoleónica en Francia, fuese una prenda para el mundo de que no se alterará tan pronto la paz de él.

Sin embargo, al terminar el año, no podemos menos de columbrar, aunque en lontananza, un ligero punto negro, que tal vez desarrollándose en opaca nube, puede nublar el sol de la paz, y oscurecer el horizonte europeo. Aunque el territorio otomano y la Crimea han sido evacuados por los ejércitos aliados, después de la toma de Sebastopol, todavía, á despecho de los tratados celebrados en París, el Austria ocupa los principados del Danubio y da lugar á reclamaciones entre las potencias. Y por una de esas cosas que no se comprenden, la Francia y la Inglaterra, fijando de acuerdo sus miradas sobre el reino de Nápoles, pretenden que su legítimo soberano establezca allí un sistema más liberal, apoyando sus consejos con amenazadoras demostraciones.

¿Qué encerrará en su seno el próximo año de 1857, que en breve va á levantarse sobre nuestras cabezas? Solo Dios lo sabe.

J. M. G.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

ANÉCDOTAS HISTÓRICAS SOBRE FEDERICO EL GRANDE.

En el número del *Museo de las Familias*, correspondiente al mes de febrero de este año, consideramos al gran rey de Prusia Federico II, bajo el aspecto anecdótico, dando una porción de detalles sobre la vida de este príncipe, que han interesado y distraído á nuestros lectores. Hoy vamos á continuar estas mismas anécdotas.

Federico II entendía bastante de las cosas de hacienda, y tenía su tesoro en un estado muy floreciente; porque á la vez que económico, era también un gran político. Un día que le echaban en cara el tener acumulado en sus cofres un tesoro considerable:

—Es, dijo, una espada fuera de la vaina que impide salir á las demás.

Era también muy inteligente en pinturas. Tuvo por pintor á Amadeo Wanloo, y le ocupó en pintar los techos del nuevo palacio San-Souci. Habiéndose incomodado con el rey un arquitecto francés llamado Leger, con motivo de este edificio, en su disputa altercaron con tanta viveza y terquedad el uno como el otro.

—¡Yo soy el amo! decía Federico, y os mando que se vuelva á hacer ese dibujo enmendándole según mis ideas.

—Mi honor está interesado en esto, respondió el arquitecto; Leger no dirá él mismo á sus sucesores que tiene un gusto estafalario y bárbaro, que ha deshonrado completamente su arte, y que ha tenido la debilidad de violar todas las reglas por una falsa complacencia.

Asegúrase hasta que, en el exceso de aquella situación de los adversarios, el arquitecto, verosíblemente amenazado con el bastón real, echó mano al puño de su espada. Sea de esto lo que fuese, Leger se marchó, y el nuevo San-Souci fué construido según las indicaciones del rey.

Su disputa con un arquitecto que había tenido el atrevimiento de tener ideas distintas que él sobre el arte, es tanto más sorprendente, cuanto que dejaba á cada uno hablarle francamente con mucho gusto suyo.

La libertad de la imprenta fué llevada en su reinado hasta la licencia, y jamás soberano alguno tuvo contra sí escritos más libelos sin castigar uno solo. Viendo un día desde su ventana mucha gente reunida en una esquina leyendo un pasquin satírico contra su persona, lo hizo poner más bajo á fin de que lo pudieran leer mejor.

Pero lo que no perdonaba fácilmente, era la mas pe-

queña negligencia en todo lo que concernía al servicio y al porte militar. Habiéndosele presentado á la vez diez y ocho oficiales franceses les mandó, sobre todo, que se hiciesen uniformes completos. Sin embargo, el marqués de B... coronel de infantería, creyéndose sin duda en Versalles, no hizo caso alguno de la orden, y se presentó con medias de seda en lugar de llevar botas.

—¿Qué regimiento mandais? le preguntó el príncipe.

—Señor, el regimiento de Champaña.

—¡Ah! replicó el rey dando un paso hácia atrás, y con los ojos clavados en las piernas del oficial; sabemos el refrán «la Champaña se burla del orden.»

No era menos sensible á los actos de impolítica que se permitían los militares extranjeros admitidos en su corte.

Trescientos oficiales franceses prisioneros en Rosbach, tuvieron á Berlin por prision, y fueron tratados por orden de Federico con la mas estricta urbanidad. Abusaron de ella de tal modo, que en el cuarto de la reina, donde tenían la libertad de entrar á todas horas del día, partían avellanas detrás del sillón real, y hablaban sobre todo con una extrema ligereza. Dijéronse al rey, que, incomodándose mas aun por el desacato á la reina, exclamó con tono sarcástico:

—Tanto harán esos buenos señores, que se les tomará por los vencedores y los señores de la ciudad.

Este hombre tan fino, de un talento tan sutil, de una penetración política tan viva, que había adivinado la revolución francesa, se engañó completamente sobre el genio militar de Laudon, como Luis XIV no pudo presentir al príncipe Eugenio. Habiéndole pedido Laudon una compañía á Federico, le volvió la espalda este monarca diciéndole:

—No me gusta la fisonomía de este hombre.

Mas tarde le hizo una notable reparación. Laudon, nombrado recientemente mayor general, habiendo perdido su título en un combate muy acalorado, Federico se lo envió con un trompeta con estas palabras:

—Dí al general Laudon, que estoy muy satisfecho de poder servir de algo á un oficial tan valiente como él.

Mas tarde todavía, despues de la guerra, en una comida que le dió José II de Alemania en su campo de Moravia, habiéndose colocado con modestia Laudon en el último lugar, Federico lo notó y le dijo:

—Colocáos á mi lado, mariscal, mejor quiero teneros á mi lado que enfrente.

De la misma manera, y por una contradicción no menos estraña, á pesar de su talento, que era muy esquisito para la literatura y las artes, jamás Federico conoció el raro mérito del célebre fabulista francés Lafontaine. Un autor francés le sostenía un día, que el *buen hombre* era uno de los talentos mas grandes que habían existido.

—Gran genio, sin duda, respondió Federico con desden, pero únicamente para las cosas pequeñas. No hace mas que fábulas, no tiene aliento para levantarse de ese género limitado y pueril: no debe citársele cuando se hable de los hombres grandes.

Y sin embargo, por una singular contradicción de espíritu, el mismo Federico hacia el mayor aprecio y caso del fabulista Geller, amigo de Laudon. Habiendo tenido con él una larga conversacion, este autor célebre, le recitó la fábula del Pintor, y quedó encantado el rey.

—E s, dijo, el mas razonable de todos los sábios alemanes.

Esta originalidad de gusto mereció una burla.

No pudiendo consolarse, apasionado como era, de la literatura francesa, de la marcha de Voltaire, creyó encontrar algun reflejo del genio de este grande escritor en un tal Mr. Mason, que le presentaron con los mas lisonjeros colores. Este Mr. Mason, autor de un poema sobre la Suiza, poema que no carecia de energía y que estaba lleno de notas muy sábias, fué recibido bajo la garantía de su celebridad al servicio del rey de Prusia que le nombró su lector. Ansioso siempre de hacer preguntas á los recién llegados á su corte:

—¿Cuál es, segun vos, le preguntó bruscamente cuando se presentó delante de él, cuál es en vuestro concepto el mas grande capitán entre los reyes?

—Señor, es Enrique IV, le respondió Mason, que era grande admirador de este príncipe.

—¡Diablo, con vuestro anacronismo! murmuró en voz baja Federico, qué pensó tal vez que el poeta cortesano iba á nombrarle á él mismo que acababa de vencer en Lissa; pero vuestro Enrique IV solo fué un buen soldado y nada mas. Ignoraba sobre todo el arte de hacer mover grandes ejércitos.

—Señor, ¿no conquistó su corona con un puñado de valientes?

—¿Y yo, estuvo tentado de responder Federico, no acabó de conquistar á Berlin sobre mis enemigos?

Acalorándose la discusión, como el obstinado autor de los *suizos* opusiese sin cesar el nombre de Enrique IV á todas las observaciones de su real interlocutor, incomodado Federico le despidió y no le volvió á hacer ninguna otra pregunta desde aquella.

Mason, que era un original para con todos, tenía el suficiente talento para tomar su partido, como hombre sensato. A pesar de los cortos emolumentos que tenía por su cátedra de profesor de historia en Berlin, hizo tales economías (no gastó mas que diez cuartos al día y tuvo el mismo vestido durante treinta años) que al cabo de estos treinta años consecutivos de enseñanza en el extranjero, volvió á morir á París con una mediana comodidad y desahogo, con el nombre del buen rey siempre en la boca.

Hombre eminentemente espiritual, Federico se dejó muchas veces desarmar por una ocurrencia y una respuesta feliz, como puede verse con motivo de lo acaecido con el molinero de San-Souci. Este molinero rehusaba vender su molino.

—¿Sabes que podria tomarte tu molino sin darte un cuarto?

—Sí, señor, replicó el molinero; pero tambien sé que hay jueces en Berlin.

En una de sus cacerías Federico recibió de un molinero de la Pomerania un memorial concebido en estos términos:

«Yo os pago, señor, trescientos reisdalers por el molino que tenemos en la aldea donde vivo, pero el conde de N... ha torcido el curso de las aguas que hacen moler al molino, lo que hace que ni tenga medios de pagáros ni de vivir.»

Federico mandó el memorial al canceller con este decreto:

«Que se haga justicia á este molinero.»

Se formó causa y se condenó al molinero. Al año siguiente, nuevo memorial, nueva remision al canciller con el decreto de «Llévese la causa al segundo tribunal y téngase cuidado con hacer justicia al recurrente.» El molinero fué condenado por segunda vez: tercer memorial en el que la desesperacion sustitua á la queja.

Convencido al fin de que el pobre molinero tenia razon, hizo llamar Federico á su canciller y á los tres magistrados que componian el tribunal de apelacion; los trata de jueces inicuos, coge la pluma y escribe con la mano izquierda, á causa de que la gota le impedia el uso de la derecha, una sentencia que condena al conde de N... á devolver al molino toda el agua que el arroyo llevaba, á pagar las costas de los procesos y una correspondiente indemnizacion. Despues, tomando el tono colérico, reprehendió severamente á su canciller, le manifestó que no tenia ya necesidad de sus servicios, y le hizo conducir á Spandau con los tres jueces, á quienes despidió ignominiosamente de su lado.

No fué siempre tan justo como lo habia sido con los molineros de San-Souci y de Pomerania. Habiendo resuelto colocar su escuela militar enfrente del palacio, á lo largo del muelle de la Sprea, creyó deber añadir á ella una casita que pertenecía á un anciano médico. Aquel médico habia nacido allí y queria morir allí tambien como sus padres. En vano le ofreció el rey pagarle cuatro veces el valor de la casa: nada pudo obtener. ¿Qué hacer entonces? Manda edificar al lado, y cierra enteramente el jardinito del anciano doctor: la falta de sol hace secar los árboles. Disgústase entonces y ofrece la casa al rey, que le responde friamente:

—Me he acostumbrado á pasar sin ella; no la necesito ya.

Pero cual si se hubiese avergonzado de semejante accion, volvió de pronto á su natural bondad y amor á la justicia.

Una pobre viuda, llena de años y de enfermedades, le pidió un socorro.

—Compadezco vuestra enfermedad y vuestra indigencia, respondió: ¿por qué no os habeis dirigido antes á mí? Actualmente no hay pension ninguna vacante; pero es preciso os socorra porque vuestro marido fué un valiente, cuya muerte he sentido mucho. Todos los dias cercenaré un plato de mi mesa; esto hará trescientos sesenta y cinco escudos, y esta pequeña cantidad, con la que podeis contar, os será pagada desde primero del mes próximo, hasta que vaque una pension: he dado orden para que la primera vacante se os conceda.

Federico en esta ocasion habia contraído mas mérito en cercenar un plato de su mesa para socorrer á una pobre viuda, porque era gastrónomo y él mismo se preciaba de tener ciertos conocimientos culinarios. Tenia doce cocineros bastante bien pagados, alemanes los unos, franceses los otros, y algunos italianos, ingleses ó rusos. Todos se hallaban ocupados á la vez, pues nunca los platos encargados al uno eran preparados por otro; cada cual tenia su tarea. Todos estos cocineros se hallaban bajo la direccion de dos maestros de sala ó gefes de cocina, ó cocineros ellos mismos, el uno llamado Joyar de Lion, y el otro Noel de Perigod. Estos dos gefes dirigian el servicio de la mesa, y no se presentaban sino con casaca con galon

de oro. Muchas veces el rey los reunía á todos juntos para darles él mismo sus órdenes.

Durante muchos años, Federico habia dado á cada uno de ellos una botella de vino para la comida; pero á lo último suprimió este artículo, persuadido de que tenian bastante vino con el que les daba para las viandas y los guisos. El pobre Noel se escandalizó mucho de verse poner á agua en sus ultimos dias, porque Noel, hombre excelente ademas, era muy atento y económico.

Federico habia al principio pagado á sus dos gefes de cocina un reisdalers por plato; en seguida se lo habia pagado á veinte grosehen: despues á diez y seis, y por último, á doce grosehen ó medio reisdalers, es decir, un franco y ochenta céntimos hoy.

Esta manera de pagar los gastos de su mesa le dispensaba de tener que tomar cuentas á todos los que sirven, y así no pagaba mas que por platos. Lo que desesperaba mas á sus gefes de cocina, era el ver que cuanto mas les cercenaba el precio de los platos, mas redoblaba él el apetito. La vispera de su muerte se comió una langosta entera.

Citaremos ahora un rasgo que hubiera podido tener consecuencias funestas para Federico sin su rara penetracion. Durante la guerra de siete años, cuando se hallaba en Dresde, vió una mañana ponerse pálido y temblar al criado que le traía el desayuno.

—¿Qué te hace temblar así? dijo el príncipe con tono severo.

El criado creyó descubierto su crimen, y se arrojó á sus pies para pedirle perdon. Se hizo el análisis del chocolate y café que traía aquel desgraciado: lo comieron algunos animales y murieron inmediatamente.

Por mucho tiempo se citó esta historia; pero ninguno supo la causa, porque el rey echó tierra al negocio guardando el mas absoluto silencio; y el que se admiraba de continuo del valor de Alejandro, se hubiera avergonzado en imitarle en los sangrientos procedimientos y en castigar con la pena de muerte los atentados y aun los complots imaginarios, contra su persona. No es que no hubiese jueces en Berlin (para repetir la espresion del molinero de San-Souci) sino que Federico sujetaba á todos á las rigurosas ejecuciones de las leyes prusianas, escepto las injurias que se le hacian á él.

El famoso Echuwaroff, habiendo sido encargado por la emperatriz de Rusia de unos despachos para Federico, en que dependia todo de la prontitud con que cumpliese su mision, los postillones prusianos parecian rivalizar entre ellos en pesadez y lentitud. El último fué hasta insolente, porque replicó al general. Incomodado este, le aplicó en su cólera una media docena de palos. En fin, al llegar el postillon dió sus quejas á los magistrados. Las leyes del pais prohibian, bajo penas gravísimas, pegar á los postillones. Echuwaroff enseña sus despachos con las armas imperiales destinados á Federico. Los magistrados, intimidados, le dejaron marchar. Como se habia adelantado al correo, llegó á Breslau: el rey le mostró el mas vivo interés. Entonces creyó poderle contar su aventura y el percalce del postillon apaleado. Desde la primera palabra, Federico se puso muy atento, frio y severo; escuchó hasta el fin, permaneció inmóvil y respondió con un aire glacial á su interlocutor:

—Señor general, ¿de buena os habeis escapado.

Esta conducta podia hacer creer que tenia una regla fija é invariable en sus principios. Confesaremos, sin embargo, que el carácter de este gran monarca, ofrece algunas veces estrañas contradicciones. Se le ha visto, por ejemplo, juzgar cruelmente la avaricia del conde Wartenslebu, y censurar la miseria y mezquindad en sus representantes.

El baron de Amon, que había enviado como embajador á Francia, no tardó en ser destituido por la economía que había mostrado en su mision; llevaba la parsimonia hasta la mas increíble avaricia.

—Yo no sé por qué, decia un dia el baron al príncipe, alaban tanto los pollos de París; yo jamás los he comido buenos, señor, os lo aseguro, durante mi estacion en aquella ciudad.

—Ya lo creo, respondió Federico; pero es porque no habreis querido pagarlos, y hariais comprar pollos tísicos; ya os conozco.

Despues de semejantes palabras, ¿quién reconoce á Federico tan mezquino y miserable con el trágico Aufresne? Este artista dramático, sin gustarle tanto como Lecain, á quien al pronto había juzgado mal, le causó despues un gran placer, y se separaron encantados uno de otro. Pasáronse muchos dias: Federico vió á Aufresne en el patio del palacio.

—¿Por qué motivo, preguntó á su ayudante, ese francés no se halla camino de San Petersburgo, donde sé que está ajustado?

—Es, respondió el oficial, porque aguarda de parte de V. M. una prueba de su benevolencia.

—¿Cómo! replicó el rey; ha declamado delante de mí y me ha gustado mucho: á mi vez le he leído muchos trozos y me ha parecido satisfecho: estamos pagados, y no me queda mas que desearle un buen viage. El ayudante llevó su comision poco agradable al trágico. Aufresne quedó triste y confuso.

—¿Si al menos, dijo, el rey quisiese darme el tomo donde le he oido leer!

Federico se sonrió con aquella peticion, se aproximó al estante de sus libros, cogió un tomo y se le entregó á su ayudante sin proferir una sola palabra; pero aquel mismo silencio era un sarcasmo demasiado elocuente contra el pobre artista desilusionado.

Este uso del sarcasmo fué su defecto continuo, y mas de una vez le costó caro.

¡Ah! ¡qué hermoso es verle en sus campañas tan sangrientas contra los rusos, ser la Providencia de las desgraciadas víctimas del cosaco y del calmuco! En el patio de Loder una multitud de aldeanos y aldeanas de las montañas inmediatas le rodeaban llamándole su padre, su salvador, y le colmaban de bendiciones. Entre aquellos desgraciados, los mas habían sido mutilados por el hierro enemigo, los otros se hallaban muertos de hambre, y todos reducidos á la desesperacion. Federico los acogió con bondad; los prometió arrojar bien pronto á aquellas hordas feroces, y les cumplió su palabra.

En vano el feld-mariscal austriaco Daun escribió al general moscovita Fermor, que no se comprometiese y no arriesgase batalla contra un enemigo astuto que no conocia todavía; fué interceptado el correo y llevada la carta á Federico, el cual despues de la victoria respondió de su puño

al feld-mariscal: «Teniais razon en aconsejarle fuese circunspecto con un enemigo astuto que conociais mejor que él, porque se ha mantenido firme y ha sido batido.»

Sin duda fué despues de esta victoria cuando un granadero le dijo un dia junto al fuego:

—Padre Fritz (diminutivo de Federico), ¿tendreis buenos cuarteles este invierno?

—¡Ah, ah! es preciso antes que tomemos á Dresde; pero despues tendré cuidado de vosotros y estareis contentos.

Acabamos de verle victorioso, vamos á verle ahora batido, y no será menos admirable por su intrepidez estoica. En una derrota que le hizo sufrir Laudon, iba Federico á perder la vida ó la libertad, sin la heroica decision del mayor Pritwitz. Arrancáronle del medio del peligro con grande desesperacion y gritando:

—¡No hay una bala para mí!

Habiéndole dado una bala en el pecho en medio de una batalla, le obligaron á retirarse.

—Mi vida no vale nada, replicó, consigamos la victoria; y continuó la lucha.

Despues de un memorable triunfo en Lessia, triunfo que admiraba sobre todo Napoleon, en el que Federico venció con poca gente un inmenso ejército, le contaron las malas espresiones insultantes que de él decian los austriacos, y dijo:

—Les perdono las tonterías que puedan decir, en gracia de las que acaban de hacer.

Despues de la accion, echando sobre el campo de batalla una triste mirada:

—¿Cuándo concluirán tantos males? exclamó con las lágrimas en los ojos.

Habiendo sabido bajo los muros de Dresde la pérdida de Glatz, no pudo menos de turbarse; pero volviendo á recohrar inmediatamente la calma y la confianza:

—Recobraré á Glatz en el tratado: dijo á sus generales; marchemos á Silesia para no perderlo todo. Estas gentes son mas difíciles de matar que de vencer, decia de los rusos y de su terco encarnizamiento.

Hablando de las mismas hordas hiperbóreas, exclamaba, á propósito de la campaña de 1769, en que Catalina II batió á los turcos con tropas que eran menos aguerridas:

—Creo ver tuertos vencer á ciegos.

Estas continuas chanzonetas con tantos adversarios que le eran tan inferiores, distraian á sus viejos soldados. Gustábalos mucho hablar con un rey tan gran capitán, y tan familiar en sus conversaciones de campamento: así fumaban delante de él, y hasta le echaban bocanadas de humo.

—Alejáos, les decia un dia cierto oficial, ¿no veis que incomodais á S. M.?

—No, no, replicó Federico; me gusta tanto el olor del tabaco como el de la pólvora.

En la batalla de Colín en la Bohemia, á cinco leguas de Bidseckow, donde fué vencido por Daun, Federico, despues de haber vuelto hasta siete veces á la carga con su infantería, viendo vacilar á sus soldados en el último de sus ataques, les gritó con tono animado:

—¿Quereis vivir siempre?

En aquella funesta batalla, en retirada sobre Dresde, se salvó con grandísimo trabajo y grande pérdida. Recibió muy mal á los generales que se hallaban bajo las órdenes del príncipe Guillermo Augusto: apenas les quitó su som-

brero, no pronunció una palabra, y los volvió la espalda. Después, al cabo de algunos días, encargó al general de Golezt les dijese que, á escepcion de uno solo, Winterfeld, debería condenarlos á todos á ser fusilados.

Después de la pérdida de esta misma batalla de Colin, marchó al galope con algunos oficiales superiores, para hacer levantar el bloqueo de Praga. Después de una larga carrera, llegaron á una aldea y encontraron á una muger que tenía un cesto de cerezas. El rey compró el cesto.

—Señores, dijo á sus compañeros, los caballos tienen necesidad de descanso; podemos perder unas dos horas, sin arriesgar nada: detengámonos aquí.

Entran en una casuca, cuidan de sus caballos y les dan un pienso; pide paja para que les sirva de asiento, y colocan en medio de ellos la cesta, que vaciaron bien pronto.

—¿Quién de vosotros tiene menos necesidad de dormir? preguntó Federico.

—Yo, señor, respondió su page el baron Pirch.

—Bien, le replicó, mira la hora que es en tu reloj, vela y despiértanos al cabo de una hora, y que todo esté listo para marchar. Después de estas palabras, se tendió sobre la paja diciéndo:

—Ahora, descanso y á dormir.

El mismo, en menos de un minuto, se quedó profundamente dormido.

Era una cosa curiosa ver el vestido que se vió precisado á quitar, después de la guerra sangrienta de los siete años. Un aficionado á antigüedades, le compró á sus criados; es decir, el sombrero, la casaca, los calzones y las botas: todo muy gastado, muy viejo y muy lleno de polvo. La casaca y el sombrero estaban acribillados de balazos.

Su secretario Le-catt conservó mucho tiempo en su poder un estuche de oro, que colocado en el bolsillo de Federico, había sido aplastado por una bala en la batalla de Zounerdorff, y que le había libertado una pierna, recibiendo solo una fuerte contusion.

Una tarde, después de una gran batalla, se acercó á una hoguera que acababan de encender algunos soldados de su guardia; preguntáronle estos que dónde había estado durante la accion, él que tenía costumbre de batirse en medio de ellos, y á quien no se había visto en toda la jornada. No solamente les dijo dónde había estado, sino tambien el motivo por que lo había hecho: comenzando entonces á acalorarse, se desabrochó su casaca, de la que cayó una bala que sus soldados recogieron exclamando, que bien

se veía que se colocaba siempre en el lugar mas peligroso. Conjuráronle con las lágrimas en los ojos, á que no espusiese tanto su persona en lo sucesivo; pero inútilmente le dirigian estos ruegos.

Y en efecto, jamás se le vió mas alegre que en los mas grandes peligros. Entonces el talento y la pólvora parecian conspirar juntos, para hacer de él el mas grande de los reyes, y el mas alegre de los hombres. Llevaba en semejantes crisis la indulgencia, hasta despreciar las impasibles leyes de la disciplina militar.

Un desertor á quien le presentaron, habiéndole confesado que había abandonado las banderas porque veía los negocios en mal estado:

—Pues bien, le respondió, combate todavía un día por mí, y si no va mejor desertaremos juntos

Lo que había sobre todo de admirable en este hecho es, que jamás los cuidados de la guerra le hicieron olvidar la instruccion de sus súbditos. Hacíase dar listas detalladas de las aldeas que no tenían escuelas, y todos los años, sobre todo durante las épocas de paz, tenía cuidado de fundar cierto número de ellas.

Hubo época tan pacífica, en la que llegó á fundar hasta sesenta á la vez.

Es preciso no creer lo que algunos han dicho de que tenía gusto de ver morir de hambre á sus súbditos; esto ha sido una calumnia muy repetida. Mil ejemplos atestiguan lo contrario; pero como ante todo era justo, quería que se enriqueciesen lealmente y como de incógnito, en servicio suyo. Un día le pintaban la miseria de uno de sus antiguos empleados:

—Es un imbécil, replicó, yo le había puesto al pesebre, ¿tenia mas que comer la paja?

Le hubiera castigado y con razon, si se la hubiera comido, porque era de una equidad ejemplar.

La bondad fué el carácter primitivo de Federico, como ha dicho muy bien Mad. Stael. Nada lo prueba mejor que esta última anécdota.

—¿Cómo habeis encontrado á Luis XVI? preguntaba á un viajero que acababa de llegar de Francia.

—Estoy convencido, respondió éste, que donde quiera que la naturaleza hubiese colocado aquella cabeza, hubiera encontrado en ella la bondad por virtud dominante.

—¿Ah, caballero! replicó Federico con viveza, y con una especie de entusiasmo: «Si es buen rey es un gran rey.»

PARIS ANTIGUO.

EL GRANDE Y PEQUEÑO CHATELET.

El grande y pequeño Chatelet son dos ilustraciones históricas de alta importancia de la historia antigua de París, donde el grande Chatelet, sobre todo, ha sido el teatro de tantos dramas. Como todos los antiguos monumen-

tos, á los cuales no se les puede encontrar con la historia en la mano la fecha exacta de su aparicion en el suelo, el grande y pequeño Chatelet hacen remontar su origen mucho mas allá de la era cristiana.

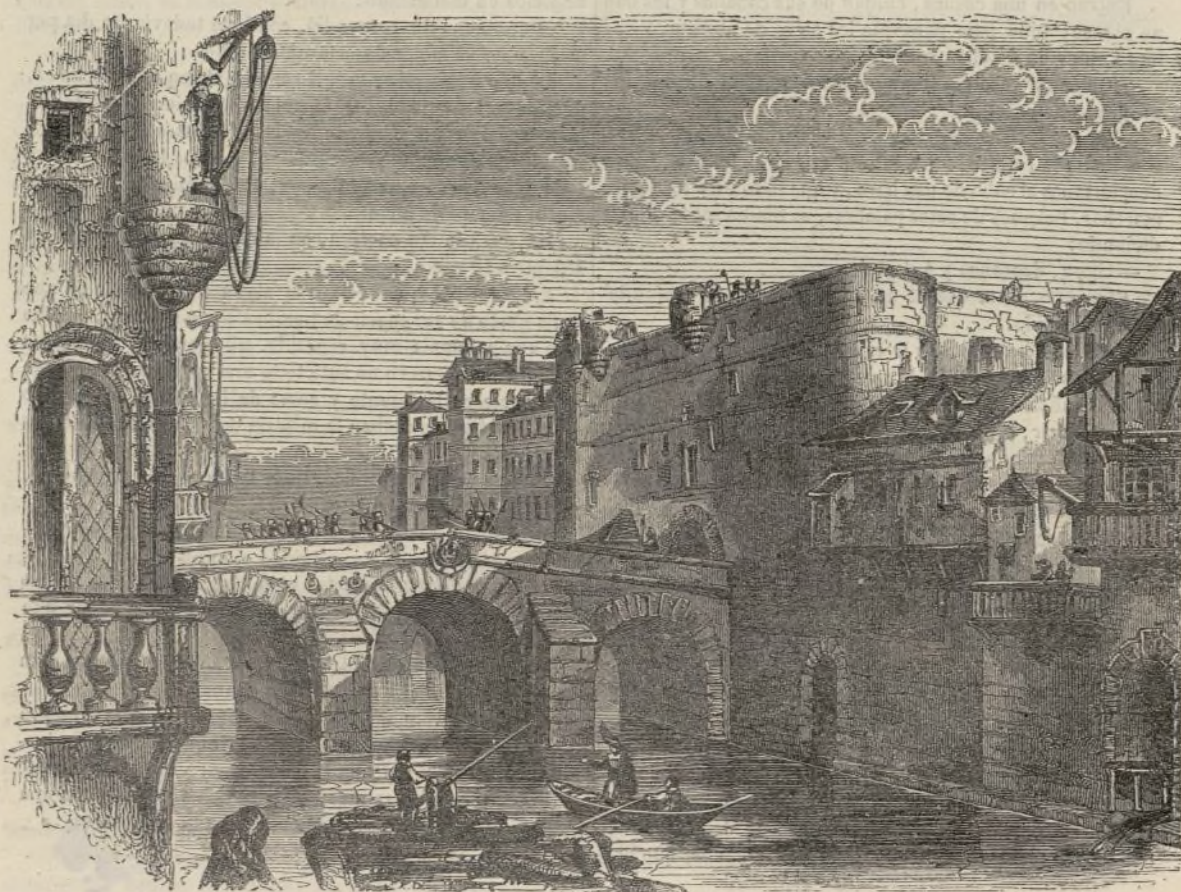
El grande Chatelet pretendia haber sido fundado por Julio César para proteger en calidad de fortaleza una de las dos solas entradas que la *isla de los parisienses* tenía entonces, á saber, el puente del Cambio sobre el brazo de-

recho del Sena, y sobre el izquierdo el pequeño Chatelet.

Como prueba de su dicho, el grande Chatelet hacia observar que jamas habia dejado de ocupar la cabeza del puente del Cambio, llamado el gran puente antes de que Luis VII en 1641, estableciese alli los cambiantes. Citaba tambien el hecho de que en 886, bajo el reinado de Cárlos el Gordo, el gran Chatelet habia detenido á los normandos delante de París.

El pequeño Chatelet por su parte decia, que pues que César habia fortificado con un castillo una de las dos únicas entradas de París, habia debido lógicamente fortificar tam-

Chatelet sino en el reinado de Luis VII. Allí era donde el preboste de París ejercia su jurisdiccion y recogia los tributos que se pagaban á la corona. San Luis dió una gran consideracion al oficio de preboste y su jurisdiccion de Chatelet, colocando en aquel puesto un hombre lleno de sabiduría y energía (Estéban Boisleve) que investigaba los crímenes con vigilancia, los castigaba con severidad y mantenía la tranquilidad y seguridad pública de París. Se lee en el *Gran repertorio de trages y costumbres de Francia*, que el preboste de París, como gefe del Chatelet, representante de hecho de la justicia y de la corona del rey,



Pequeño Chatelet de París.

bien la otra, y que en consecuencia se reconocia tambien construccion de Julio César.

Estas pequeñas vanidades no carecian de fundamento. Es cierto que las dos puertas de París fueron fortificadas desde los tiempos mas remotos; pero aquellos dos bastiones no se parecieron por muchísimo tiempo en nada á los edificios del grande y pequeño Chatelet y á sus atribuciones.

La primera mencion que se halla en la historia del segundo es en un acta del año 1222, bajo el reinado de Felipe Augusto.

No se comenzó á echar de ver la importancia del gran

tenia un sello con las armas reales guardado por un oficial particular, y sobre su silla un gran dosel, prerogativa que únicamente pertenecia á aquel tribunal.

San Luis fué allí algunas veces á administrar por sí mismo justicia sentado sobre aquella silla. Una jurisdiccion tan estensa y tan numerosas prerogativas, hicieron de aquella magistratura una de las mas importantes del reino: y por el esplendor que le habia dado San Luis no hubo señor, por alto que fuese, que creyese que habia un puesto ó un empleo superior á él.

Cuando los parlamentos, que no se reunian en un principio sino una ó dos veces al año para juzgar las cau-

sas extraordinarias, se fueron apoderando poco á poco de la justicia, sufrieron restricciones las atribuciones del preboste de París. El Chatelet, como los parlamentos, tuvo desde entonces facciones en aquellos tiempos de revueltas: sus prisiones en los días de la Liga, sirvieron mas de una vez de instrumento para las venganzas y las pasiones políticas. Sin embargo, bajo Luis XIV, el Chatelet de París era un poderoso cuerpo que formaba, en las grandes ceremonias, inmediatamente despues de los tribunales superiores y antes de las demas corporaciones.

Era inmenso su personal: ademas del preboste, el pro-

médicos, cirujanos, matronas juramentadas, cuatro compañías de policía de á caballo y á pie del preboste de la isla, del teniente criminal de túnica corta, etc.

Todo esto ha subsistido hasta la revolucion.

Los inmensos salones del gran Chatelet amenazaban ruina en muchos puntos. Luis XIV los hizo reconstruir bajo mas anchas proporciones. Este es el edificio que representa el grabado que damos con este artículo.

Fué levantado en 1684, no conserva mas que algunas de sus torres, que se ha tenido el buen talento de respetar.



Gran Chatelet de Paris.

curador general del parlamento, como guarda del prebostazgo, el lugar-teniente civil, el lugar-teniente de policía, el lugar-teniente criminal, dos tenientes particulares, se contaban cincuenta y seis consejeros, cuatro abogados del rey, un procurador del rey escolado, diez y ocho sustitutos y jueces auditores, el pagador de los sueldos, sesenta escribanos, ciento trece notarios, cuarenta y seis comisarios para las diligencias, doscientos treinta y seis procuradores, una multitud de alguaciles de á pie y de á caballo, dos pregoneros, un guarda decretos, un sellador de sentencias, un receptor de consignaciones, un receptor de multas: y á la cola de este ejército de oficiales públicos,

SEGUNDA SERIE.—1836.

Este monumento ocupaba mucho mas que la plaza del gran Chatelet: fué demolido en 1802.

Si las ideas de respeto que se tienen ahora á todo edificio histórico hubiesen prevalecido entonces, es probable que no se hubiese arrasado completamente.

El pequeño Chatelet tenia algunos restos de construccion que se unian al palacio de las Termas. Era en el siglo XV el alojamiento del preboste de París. En el siglo XVIII se convirtió en una prision. Fué demolido en el año de 1782 y nadie lo ha sentido.

AÑO XIV. 36.